

El carpintero

Alta la frente de sudor bañada,
revuelto el pelo, la mirada pura,
la blusa del país medio rasgada,
i el mandil suspendido a la cintura.

Incansable, tenaz, en su alma ardiente
siempre aguarda el embrión de alguna idea;
ora toma el compás, i entónces sientel
ora toma el formón i entónces creal

I siempre así Cuando la aurora brilla,
solloza la garlopa b ruzada.
I se despierta el sol i huye la astilla
cual cinta de marfil arrebolada

Es su pobre taller santuario inmenso;
el trabajo es el Dios allí ensalzado;
la madera aromática el incienso,
i el sacerdote el corazón honrado.

I ese hombre humilde que con tanto anhelo
trabaja sin recosores, sin envidia,
tiene amor a las glorias de su suelo
i por la industria de su patria lidial

A su rei,—del deber,—le da cariño;
i da, del mundo en la tenaz batalla:
ora la cuna donde llora el niño,
ora la urna donde el hombre calla.

Es un mago sagaz de alma sincera
que con afanes duros i prolijos
convierte las migajas de madera
en migajas de pan para sus hijos!

I con la blusa azul, medio rasgada,
i arroyado el mandil a la cintura,
torna al hogar... cuando cansada
la pupila del sol ya no fulgura.

I su hogar es mui pobre... pero santol
porque en él, ahuyentando la tristeza,
la palabra *república* es un canto
que ofrece un porvenir a la pobreza!

¡Ia ese hombre humilde que con tanto anhelo
trabaja sin rencosores, sin envidia,
gun premio negará su patrio suelo?
¡El por la industria de su patria lidial

Ah! dadle fuerza! Que la audiente gloria
ceda un laurel al corazón sencillol
Que se convierta en himno de victoria
el rudo resonar de su martillol

Su alma es de esas almas jenerosas
que sedientas de luz viven, palpitan!
I esas almas así son cual las rosas,
o les dais luz de sol o se marchitan!

J. M. BUSTILLOS.

DESPERTAR..

Para el valiente adalid femenino
LA ALBORADA.

I

Lentamente... a semejanza de la onda
que se forma en un lago y su radio va
estendiéndose imperceptiblemente y llega
por fin a tocar la orilla, así ha venido
operándose en el espíritu de la mujer
proletaria, una evolución, digna ya de
tomarse en cuenta.

Y es satisfactorio contemplar, que esta
necesaria evolución se produce, precisa-
mente, entre esa colectividad de mujeres
que mas apartadas del estudio han
estado.

Nos referimos a la obrera de Fábrica y
Taller que han vivido hasta hace poco
apegadas a viejas rutinas, en que la igno-
rancia ha sido el verdugo que las ha

retenido al poste de la esclavitud, hacién-
dola ejercer su santa y noble misión, en
un ambiente de hipocresía, fanatismo y
engaño.

La mujer que hoy se levanta y se abre
paso entre la indiferencia de unos y
egoísmo de otros; es la misma que ayer
no mas, hemos visto convertida en un
ser ignorante, huérfana de instrucción y
educación, sin ningún principio noble
que la haya guiado en las variadísimas
atribuciones que en la vida le correspon-
den y lo que es un crimen, desconociendo
que es ella la llamada a formar y
preparar las generaciones...

II

Triste un mui triste y doloroso princi-
pio, en ésta, nuestra vida de mujeres
proletarias; principio que abona en parte
nuestra inculpabilidad, de haber vivido
hasta aquí como rebaños docilmente de-
mesticados; de haber vivido en el mas
pernicioso abandono; circunstancia es
ésta, que hace menos duras y tristes, las
mismas observaciones, que yo misma he
hecho, respecto a nuestra humilde clase.

Ha sido nuestra herencia.

Todos sabemos que la mujer proletaria
no ha tenido tiempo de instruirse, salvo
honrosas excepciones.

Apenas hemos llegado a los diez años,
—y muchas veces antes,— las escaseces
del hogar nos han obligado a desprender-
nos de los brazos de nuestra sencilla
madre, para ir en humillante peregrina-
ción de taller en taller, de fábrica en fá-
brica, a ganar el mendrugo de pan, que
las fuerzas explotadas de nuestros padres
o hermanos o bien sus vicios, no han
alcanzado a sustentar a la vasta prole....

Niñas, aun hemos tenido que conocer
toda la repugnante desnudez de los vicios
y de la miseria humana y ahí en los ta-
lleres,—antros malditos donde han queda-
do jirones de nuestra virtud,— se ha
marchitado nuestra inteligencia en flor,
queándonos únicamente la inteligencia
mecánica...

Ahí hemos aprendido a someternos al
mandato brutal y a los despóticos capri-
chos del Capital, ahí hemos resuelto
aceptar resignadas y sumisas nuestra
triste y humilde condición y lo que es
mas tristemente cierto y amargo aceptar
a servir de inconscientes e indefensas
máquinas de trabajo y producción...

Ah! Como sangra doer mi pobre alma,
al ver constantemente ante mis ojos,
este sombrío e inhumano cuadro!...

¡Y como ruje cólera, mi valiente espí-
ritu, débil todavía, para llevar al conven-
cimiento de mis hermanas de taller y
fábricas el sagrado grito de rebelión!...

¡Cómo siento desbordarse los escupita-
jos de mi desprecio y maldición, para
esos crueles verdugos de la explotación y
del engaño de la enseñanza! pues, todas
sabemos, que mientras una parte de esta
carne de explotación, ha ido a los talleres
a pagar el tradicional tributo; la otra
parte de mujeres proletarias que no han
llegado a ellos y que han tenido un poco
tiempo mas para instruirse, los buitres
del fanatismo, han procedido a su educa-
ción, con una serie no interrumpida de
engaños.

Y como una mui triste, pero hermosa
defensa a nuestra condición,—me pre-
gunto,— y con éstos tristes y perniciosos
principios ¿podríamos pensar o esperar
que nuestros padres, hermanos o hijos
fueran libres o conscientes, hicieran
valer sus legítimos derechos y elevaran
nuestra clase, haciendo digna y útil
nuestra existencia?...

III

Al principiar este trabajo, decía, que
la evolución operada entre la colectividad
femenina productora, era digna de to-
marse en cuenta: y si he cita 'o diferen-
tes dificultades que la mujer proletaria
ha encontrado para entrar de lleno a
desempeñar el papel que en la vida le
corresponde, era para dejar de manifiesto
lo que puede el estudio, la fé y la
perseverancia.....

Para decir que de entre nuestras filas
han salido esas anónimas y humildes
luchadoras de nuestra santa causa,
nobles precursoras a quien debemos este
hermoso despertar!...

Despertar que no tiende únicamente a
mejorar nuestra situación social, material
y económico, que no tiende simplemente
a federarnos y asociarnos para defender-
nos del enemigo común: el Capital; sino
que tiende a abrirnos necesarios hori-
zontes en el campo de la intelectualidad,
hermosa lucha, cuya conquista ilumina
las sombras de lo desconocido, nos trae
horas mas felices; satisfacciones mas puras
y señala a la mujer proletaria su noble
misión de hija, de esposa y de madre!...

ESTHER VALDES DE DIAZ,

Presidenta de la Asociación de Costureras
Protección, Ahorro y Defensa.

Continuará.

FANTASIA

¡Lucía la alborada!

Era esa hora de encantadora languidez
en que esa alma de que nos habla Castelar
en su *Hermana de la Caridad*, parece
vagar por el estereo espacio y prestar su
mudo y sublime lenguaje a todos los se-
res de la creación. Ningun aliento turbaba
el reposo dulcísimo de la Naturaleza...
Algunos minutos pasaron y el día empe-
zó. Las juguetonas fuentes, que arrebatan,
al pasar, algunos pétalos a las mil
florecitas silvestres que bordaban sus ri-
beras tapizadas de menudita yerba,
murmuraban mansamente... Las flores,
irguiendo sus delicados tallos, se envia-
ban en su perfume los secretos de sus
almas, sorprendidos, acaso, por la brisa
matutina. ¡Se revelaba la vida!

Un rumor apenas perceptible ajitó la
tranquila yerbecilla y una bellísima flor
alada dejó su estrecha prisión y abrió a
los vivificantes rayos del sol sus húmedas
alas. ¡Jóven mariposa! Sus nítidas y tra-
parentes vestiduras, mas puras que las
gasas de las virgenes y brillantes cual las
líquidas perlas del rocío de la noche, la
hacían hermosa y luciente como sus her-
manas, las flores. Mui luego se lanzó al
aire mecida por el céfiro halagador.

¡A dónde iba?

Volaba ansiosa de satisfacer la mas
dulce exigencia de un corazón sensible,
¡amar y ser amada! Iba en busca de una
amiga fiel y fué a elegirla entre sus her-
manas, las flores, que se alzaban a los
primeros rayos de la luz que avivaban
sus brillantes colores. En rápidos jiros
revoloteó en torno de una erguida Ama-
pola encarnada, que se ostentaba altiva,
luciendo su vivo color.

Era ella quien había cautivado, con su
aspecto seductor a Mariposa. ¡Pobre alma
inocente! El corazón va a veces tras los
sentidos; pero el alma de nuestra juven-
cita ansiaba mas. ¡Qué? ¡El dulce per-
fume de la virtud! ¡Ah! En aquella or-
gullosa flor todo era verdad y esplendor
pasajeros, su alma vacía, su corazón